

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

UN AUTOR IGNORADO

Epílogo

IX

Año de 1789

Nos despedimos de nuestro amigo; vamos a dejarle; bastante le hemos traído y llevado a lo largo de estas páginas. ¿Cómo hubiera podido figurárselo él? Querido don Jacinto Bejarano Galavis y Nidos: ahí te quedas entre las montañas. Te quedas entre tus libros; tú lo lees todo; en los Sentimientos patrióticos citas a Gracián y a Molière—dos autores que a nosotros nos son también dilectos. De Molière citas El médico imaginario. ¿Qué coincidencia, qué fatalidad, qué secreta afinidad ha hecho, querido Galavis, que tú traigas a la memoria un fragmento, unas palabras de esta obra triste y melancólica de este gran artista? Obra en que Molière se despedía del mundo; la última obra que él escribió y representó; pocas horas después de representarla—¡con cuánto esfuerzo doloroso!—Molière finaba su vivir... «Cuando me considero entre estas ásperas montañas y sin salida—has dicho tú, Galavis—me lleno de pena hasta rebosarla».

No tienes más consuelo que la lectura y tus paseos solitarios por el campo; charlas también con los labriegos; pero no siempre a tu afectuosidad se corresponde en igual modo. Los labriegos son toscos y violentos. Tú mismo dices que muchas veces con ellos has de representar el papel de «guapo Campuzano»; es decir, que a pesar de tu afabilidad te has de poner serio y has de estar dispuesto a ser tan hombre como el primero de estos rústicos valentones... Lees mucho...; mas la lectura—lo dijo Montaigne, nuestro amigo, hace mucho tiempo—; la lectura entristece. Al tío Cacharro le haces decir alguna vez: «Siempre está vuestra merced encerrado; otros señores se divierten, va asistiendo al baile, ya jugando a la calva; y así se pasa el tiempo. Yo no sé cómo vuestra merced no se aburre. Tanto leer no puede ser bueno». Tú mismo lo conoces y experimentas los efectos de la melancolía producida por la lectura. Tanto leer no puede ser bueno. Pero, ¿qué vas a hacer si no lees? ¿Qué vamos a hacer—tú, yo y tantos otros—si no leemos a filósofos, poetas, literatos, autores de todo género y catadura? Leer: ese es nuestro sino. Tú crees que las montañas, esas montañas de Avila que te cierran el paso; son las que te tienen aprisionado. ¡Ah, no, querido Galavis! La prisión es mucho más terrible. La prisión es nuestra modalidad intelectual; es nuestra inteligencia; son los libros. Cuando salgas de ahí, te encontrarás igualmente prisionero en Madrid ó en Salamanca.

Serás prisionero de los libros que tú amas tanto. De los libros somos prisioneros todos nosotros. Vivimos con ellos en comunión íntima y constante; a ellos amoldamos nuestro espíritu; sobre ellos fabricamos nuestros amores, nuestros odios, nuestras fantasías, nuestras esperanzas; un ambiente especial nos envuelve con nuestros libros... Y un día, cuando queremos romper este ambiente y esta marcha de nuestra vida; cuando queremos lanzarnos a gozar de otros aspectos del mundo, de otros distintos sabores de las cosas, vemos que no podemos. Nos hallamos entonces como desorientados; necesitaríamos una nueva polarización de nuestro espíritu... y la polarización de una sensibilidad no se improvisa; es cuestión de tiempo y de otras circunstancias. Nos sentimos, en resolución, empujados. Nuestra prisión está en los libros.

¡Adiós, querido Bejarano Galavis! La hora de la despedida llega. Hemos vivido unos días juntos; probablemente ya no nos volveremos a ver. Mi espíritu ha recibido un gran placer en conocer a un hombre como tú; no creía encontrar aquí, en la aldea, un hombre tan culto y delicado. Siento, como si fueran míos, tus dolores. ¡Adiós, adiós! Que el tiempo, tan terrible, sea un poco exorable para nosotros.

Año de 1915

En lo alto de las torres, en las paredes, sobre las mesas, en los bolsillos, los relojes han ido marchando. Tic-tac, tic-tac... Van lentos y con cuanta velocidad marchan! Lo que pone tristeza en nuestra vida es el sentir que este minuto grato, que ahora tan hondamente sentimos, al que queremos aferrarnos para que no pase, ha pasado ya, se ha deslizado, se aparta de nosotros, se distancia, se aleja, se pierde en el recuerdo, se esfuma y desvanece en lo pretérito. ¡Oh, dolor del Tiempo que pasa! De 1789 a 1915 los relojes han dado muchos pequeños golpes con sus ruedecitas. En distintas ocasiones, mientras redactábamos estas páginas, hemos estado a punto de hacer el viaje a Riofrio de Avila. No quedara ya en aquel pueblecito ni rastro de Bejarano Galavis... ¿Bejarano Galavis? ¿Quién era este hombre? ¿Qué realidad evocan estos apellidos?

El viaje se ha quedado sin hacer. Pero con la imaginación hemos corrido de Madrid a Avila y de Avila a Riofrio. Con la imaginación hemos entrado en la vieja ciudad; luego nos hemos aposentado en la fondita que está delante de la catedral; a la mañana siguiente un coche destartado nos ha conducido dando tumbos por un caminejo torcido hasta Riofrio. Y en Riofrio hemos estado más horas y hemos visto las callejas del pueblo y echado una mirada por la campiña. ¿Para qué hacer el viaje? Hay un momento en la vida en que descubrimos que la imagen de la realidad es mejor que la realidad misma. No acertamos a decir si este descubrimiento que hacemos en el fondo de nuestra conciencia nos causa alegría ó tristeza. (Alegría; pero, ¿y los nuevos aspectos que vemos en las cosas y que antes no veíamos?) La imagen del pueblecito de la Sierra de Avila era mejor que el mismo pueblecito. Allí no quedará ya nada de aquel hombre que habitó en una de sus casas hace ya más de un siglo. Riofrio no nos dirá nada; su imagen nos sugiere algo. Pasan los hombres, las cosas... y los lugares. «Los lugares—dice Joubert en uno de sus Pensamientos—los lugares mueren como los hombres, aunque parezcan subsistir». Los lugares son nuestra sensibilidad; un lugar que ha atraído y polarizado la sensibilidad humana, no dice nada cuando el tiempo ha apagado sus motivos de excitación espiritual. Los lugares mueren como los hombres. Riofrio de Avila, siendo una realidad, ya no existe. Sólo nos queda, en lo íntimo del espíritu, su imagen. Una imagen de una cosa que no hemos visto nunca; una imagen fugaz, como la de un sueño; una imagen de algo que queremos recordar y no recordamos...

AZORIN

Cotidianas

Nos encontramos los españoles, al presente, salvo mejor parecer, en el caso del asno de Buridán, que famélico y sediento a un tiempo, y colocado entre un montón de cebada y un limpiado arrojuelo se murio, de hambre y de sed, por su indecisión entre beber ó comer primero.

¿Seremos francófilos? No olvidemos que de Francia recibimos,—por duro que sea tener que recordarlo,—nuestra literatura y arquitectura medieval; que nuestras dinastías de Castilla, de Navarra, de Portugal eran francesas, como después la de Borbón; que los debemos a los franceses el renacimiento de nuestras ciencias y nuestras letras en el siglo XVIII, y sobre todo, en el pasado siglo.

¿Seremos anglófilos? Inglaterra ha sido nuestra eterna enemiga, nuestra perdición, la causa de nuestra debilidad política, pero ¿cómo olvidar que se trata de la patria de Shakespeare? Ante este nombre el platillo de los agravios sube hasta tan arriba como puede ascender y el de la admiración y el entusiasmo baja hasta el suelo. El único genio del mundo capaz de equipararse con Cervantes.

¿Seremos alemanófilos? ¿Cuántos motivos para no serlo! Muchos de nuestros tercios eran alemanes; con ellos entramos a saco a Roma y vencimos en Amberes, pero es además patria de Lessing, de Kant, de Hegel, de Goethe, de Schiller, de Heine de Vinchow, de Koch.

¿Vamos a odiar a Austria? Allí nacieron Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert; fué la única nación que nos apoyó en la guerra con los Estados Unidos. Es además un pueblo caballeresco, no menos que el pueblo húngaro.

¿Por quién decidimos entonces? Grave conflicto; no podemos ir contra unos ni contra otros, y en consecuencia nuestro papel es, obligatoriamente, el de trabajar por la paz entre los contendientes. No nos contentemos con ser neutrales; intervengamos para que cese la guerra, esa guerra absurda que desde hace cerca de seis meses está convirtiendo en un montón de ruinas a gran parte de Francia, Bélgica, Polonia y Austria. Sea España la primera en dar el paso para las negociaciones en favor de la paz.

España no puede abrigar ninguna clase de odios contra unos ni contra otros. Olvidemos los agravios de que podemos estar quejosos y aprestémonos a tomar la iniciativa para que cese tanta ruina y tanto estrago. En cuanto a tomar las armas en favor de los unos ó de los otros, eso jamás; antes morir como el asno de Buridán. Cuando menos moriremos con la conciencia tranquila, sin tener que acusarnos de haber sido juguete de nadie para llevarnos al matadero, y la historia nos admirará como modelo de pueblos nobles y verdaderamente cristianos.

CUATROTERA

NUESTRA NEUTRALIDAD

Aspectos varios

A un amigo para quien es una pura lástima que España no aproveche el presente conflicto para entrar de lleno en la política europea, haciendo causa común con los aliados de Occidente.

I

Ya sé que no es usted ¡loado sea Dios! de los que juzgan que España debe desenvainar la espada en defensa de la civilización y la libertad, amenazadas por no sé que ogro germánico. Ya sé que no es usted de los que no opinan que debemos salir de la neutralidad en defensa de los consabidos intereses y parentescos de raza, de idioma y de vecindad. Usted distingue las cosas, sabe geografía é historia

y no ignora que más vecinas que España y Francia son Francia y Alemania, que más parentesco de raza y de idioma hay entre ingleses y alemanes que entre españoles y franceses y sin embargo se tiran ellos a matar, y, por fin, que es muy difícil de averiguar hacia qué lado nos inclinan nuestros intereses. Todo esto me libra a mí de la enfadosa repetición de una porción de lugares comunes, para contraponerlos a otros lugares comunes, y, sobre todo—y aquí sí que repito el ¡loado sea Dios!—de no tener que hablar de militarismo. Con personas como usted la plática es una delicia.

Y, sin embargo, opina usted que debiéramos intervenir en la guerra europea, con objeto de ver si salíamos así de nuestro actual marasmo, de nuestra condición de nación al agua y con la cual nadie cuenta ya. Sus inclinaciones y aun sus puntos de vista nacionales le arrastran hacia el campo de la triple Intelligencia. En lo primero estamos conformes: en lo segundo y en el momento de dar ese paso, no. Yo opino también que es esta una gran ocasión para salir de nuestro estado de abatimiento y correr un peligro—el menor peligro posible—como sinapismo que quizá nos despierte y haga dar un buen respingo al alma nacional; pero no opino que debamos unir nuestra suerte a la de Francia é Inglaterra... es decir, yo no prejuzgo con quién debemos unirla: creo, sencillamente, que debe ser con los que ganen. Cuando tenga usted por bien averiguado que Francia, Inglaterra y Rusia van a ganar la partida, entonces quizá estaremos de acuerdo los dos.

Le parecerá a usted esta contestación mía una salida de pie de banco y no obstante no es así y guarde usted que explane mi pensamiento. Yo le pido solamente que se haga y se conteste usted a sí mismo las siguientes preguntas: ¿No cree usted que Italia es más fuerte por mar y tierra que nosotros? ¿No cree usted que Italia tiene tanto litoral y tantas islas y tanta y más costa africana que nosotros a que atender y que conservar? ¿No cree usted que Italia cuenta con más hábiles políticos y sobre todo más avezados a las cuestiones internacionales que los nuestros? ¿No cree usted que en Italia hay una parte de opinión liberal más avanzada que la nuestra? Además ponga usted en la cuenta un factor que España no tiene, no obstante el caso de Gibraltar: el irredentismo. Y, por fin, añada usted que Italia es, óigame bien, es aliada de Alemania y Austria-Hungría.

Pues a pesar de su opinión liberal avanzada amiga de Francia, a pesar de estar desde hace treinta años aliada con Austria y Alemania, a pesar de su inmenso litoral en el Mediterráneo y en el Adriático y de sus islas y sus ciudades ribereñas abiertas y expuestas al bombardeo, a pesar de sus posesiones africanas, a pesar de su fuerte flota y su número o ejército, a pesar de su irredentismo a pesar de todo, Italia mantiene su neutralidad; pero armada. Italia se prepara y está dispuesta a sacar la espada, es verdad; pero no precisamente en favor de este ó aquel bando, no en favor de quien indique la gente que grita y alborota sin saber por qué grita ni que se hace, sino en provecho suyo, en beneficio propio, guiada por los dictados de la prudencia y del interés nacional. Es decir que Italia no está dispuesta a hacer la política de Alemania ni de Francia, sino su propia política. ¿Le parece a usted si es claro el espejo?

Añada usted a esto que Italia tiene un ideal nacional y una política que sigue el mismo camino: la ambición de Italia en la costa Norte africana no es a Tripoli, sino a Túnez, y Francia se adelantó; Italia anhela el Trentino; pero tampoco desea que los eslavos se queden con la costa adriática de enfrente, y la mejor prueba la tiene usted en la reciente ocupación de Valona: Córcega es tan italiana como Istria y Niza tanto como Trieste... La intención de Italia en este conflicto, consistirá, por lo tanto, y si la dejan, en ocupar, si amenazara la desmembración de Austria, los terrenos austriacos que reivindica, y, si cae Francia, lo que ella juzga que le pertenece, antes que otro se lo arrebate. Todo esto procurará hacerlo sin disparar un tiro ni derramar una gota de sangre; pero si no puede ser así, luchará. Pondría yo la mano en el fuego, seguro de no quemarme, que Italia no sacará la espada en defensa de nadie, sino en beneficio propio, por más «amenazada» que vea «la civilización». Y esto que la intención de Italia en los actuales momentos podría ser decisiva.

Claro está, que si supiéramos que Inglaterra y Francia han de vencer pronto, y con tal de ver si se levantaba el espíritu nacional, nos convendría lanzarnos a la lucha al lado suyo; pero en todo caso no por el sólo designio de que esas amigas nuestras dominasen y triunfasen, sino llevando a ello un pensamiento y una política. ¿Qué pensamiento y qué política, Señor? ¿qué tenemos nosotros que reclamar ni qué queremos hacer? Porque, si llegan a vencer, Francia é Inglaterra dominarán de tal manera el Mediterráneo, que nosotros bajaremos más aún en categoría, y aun a Italia puede ser que le pase otro tanto, y no nos quedará otra esperanza sino que riñan ellas luego entre sí y se despedacen. A nosotros no nos quitarán

las Baleares, en primer lugar porque no las necesitan—¡como que no nos las han quitado ya!—Inglaterra y Francia, y si una las quiere se las negará la otra, porque no es lo mismo que las posea una España débil que una Francia ó Inglaterra fuertes y victoriosas. Con las Canarias ocurre algo parecido, y en cuanto al litoral marroquí por algo nos lo dió... Inglaterra. De modo, que para conservar lo que tenemos, mientras triunfen Francia é Inglaterra, no es necesario que salgamos de nuestra neutralidad y todo el perjuicio que ello podría irrogarnos sería el de descaer un poquito más en la escala de las naciones cotizables.

Pero ahora figúrese usted que nos metemos en ese fregado y según usted desearía nos vamos a combatir a los alemanes, a los austro-húngaros, a los turcos ó a los beduinos. Nuestro ejército, como bravo que es, contribuye a la victoria. ¿A la victoria de quién? De Francia, de Inglaterra, de Rusia, de Serbia, de Bélgica, de Montenegro, del Japón, de medio mundo, menos... de España. Ni tenemos que vengar agravios de alemanes ni austriacos ni que rescatar un palmo de tierra española ni que conquistar tierras ajenas. Se acaba la guerra: vuelve a la patria el ejército, cargado de estériles laureles; vuelven los que vuelven, no los que se fueron; se calculan los gastos hechos, se cotiza la sangre de nuestros hijos y nos dan ciento ó doscientos millones, que al cabo del año se evaporan en cualquier cosa y si refundimos algo puede que nos den un trozo del Camerón, para ensanchar nuestra posesión del Muni, a donde no irá un español más que los que van ahora. En Europa todo lo que pudiéramos desear ó reivindicar está en poder de nuestras amigas; en Africa el imperio de Marruecos en manos de Francia y nada de lo que descubrimos, conquistamos y civilizamos en América y Oceanía volverá a ser nuestro.

¿Quiere usted decirme ahora qué ventajas íbamos a sacar de esa intervención nuestra para levantar el espíritu nacional con ellas? ¿Figurar entre las primeras potencias de Europa? Mire usted, amigo mío: a Portugal le han metido en esos trotes; ¿cree usted que Portugal saldrá de su actual estado por virtud de esa intervención? No basta—y permítame que por única vez en mi vida de escritor use un similitudino—no basta que le den a uno la alternativa los dos Gallos, Pastor y Belmonte a la vez: si no hay riñones y pulso para matar a un toro recibiendo como sea, ni todas las alternativas del mundo hacen a un hombre torero; y el que no lo gana por sus puños no lo tiene, y al que tiene puños y corazón, con alternativas y sin ellas, nadie le cierra el paso.

ANGEL RUIZ Y PABLO

ESPIGANDO

La Agencia de prisioneros de guerra

He aquí algunas cifras que dan idea del trabajo cotidiano de esta benéfica institución. La Agencia de prisioneros hace todos los días 10.000 fichas (cartones individuales); más de 500 familias son diariamente informadas, y 17.000 prisioneros pueden, también cada día, mandar y recibir noticias de sus parientes. En fin, todos los días, por intervención de este instituto, son expedido un millar de paquetes. Los gastos son bastante importantes; solamente por las «fichas» la Agencia de los prisioneros gasta 5.000 francos al mes.

A la Sociedad Internacional de la Cruz Roja es debida la institución en Ginebra de esta Agencia de los prisioneros de guerra, que tiene por objeto hacer llegar noticias de los seres queridos, que se hallan prisioneros, a sus familias. Esta Agencia ha sido ya reconocida por las potencias beligerantes y ha tomado tal desarrollo que la ciudad de Ginebra ha tenido que poner a su entera disposición todo el edificio ocupado por el Museo Rath, en el cual ondea ahora la bandera de la Cruz Roja.

El origen de las campanas

El origen de las campanas remonta al tiempo de los romanos; entonces, sin embargo, no servían para fines religiosos, pues se empleaban comúnmente para anunciar la llegada de las mercancías ó para llevar al trabajo; también los soldados luego llevaban a hacer la ronda. El cristianismo introdujo el uso de las campanas, tal cual ha quedado hasta hoy, sólo más tarde, y según la opinión prevalente, por iniciativa de San Paulino, obispo de Nola, muerto en el 431. Otros, por el contrario, atribuyen tal introducción a Constantino, otros al papa Sabino, que vivió en el siglo nueve; pero, parece tratarse de opiniones erróneas. En Oriente, las campanas tardaron bastante en difundirse: esto no empezó a suceder hasta el siglo nueve. Antes de esa época, se llamaba, a oración, a los fieles, mediante unas tabletas de madera que se golpeaban con una maza de la misma materia. Las primeras campanas fueron enviadas a Constantinopla por el dux de Venecia, Urso Patriciaco, que hizo de ellas regalo a Miguel III; pero, en otros sitios, por ejemplo en Jerusalén, no se encuentran sino después de la primera cruzada. En 1453, después de la toma de Constantinopla, Mahomet II prohibió el uso de las campanas en todo el Oriente, por él conquistado, con el propósito de impedir a los cristianos que se reuniesen para conspirar.